

BENOT. "Prosodia Castellana y Versificación," 3 vols., Madrid, no date.

ROBLES DÉGANO. "Ortología Clásica de la Lengua Castellana," Madrid, 1905.

BELLO. "Ortología y Arte Métrica" (Vol. 4 of "Obras Completas"), Madrid, 1890.

For more or less summary treatments of the subject the American student may profitably consult:

OLMSTED. "Legends, Tales, and Poems by Gustavo Adolfo Bécquer" (Ginn and Company).

FORD. "A Spanish Anthology" (Silver, Burdett and Company).

HILLS and MORLEY. "Modern Spanish Lyrics" (Henry Holt and Company).

"EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA" AND OTHER SELECTIONS FROM ESPRONCEDA

CUENTO.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

PARTE PRIMERA

Sus fueros, sus bríos; sus premáticas, su voluntad.—"Quijote", Parte Primera

Era más de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando, en sueño y en silencio

Lóbrego envuelta la tierra,

5

Los vivos muertos parecen,

Los muertos la tumba dejan.

Era la hora en que acaso

Temerosas voces suenan

Informes, en que se escuchan

10

Tácitas pisadas huecas,

Y pavorosas fantasmas

Entre las densas tinieblas

Vagan, y aúllan los perros

Amedrentados al verlas;

15

En que tal vez la campana

De alguna arruinada iglesia

Da misteriosos sonidos

De maldición y anatema,

Que los sábados convoca

20

A las brujas a su fiesta.

El cielo estaba sombrío,

No vislumbraba una estrella,

Silbaba lúgubre el viento,

Y allá en el aire, cual negras

25

Fantasmas, se dibujaban

Las torres de las iglesias,

Y del gótico castillo

Las altísimas almenas,

Donde canta o reza acaso

30

Temeroso el centinela

Todo en fin a media noche

Reposaba, y tumba era

De sus dormidos vivientes

La antigua ciudad que riega

35

El Tormes, fecundo río,

Nombrado de los poetas,

La famosa Salamanca,

Insigne en armas y letras,

Patria de ilustres varones,

40

Noble archivo de las ciencias.

Súbito rumor de espadas

Cruje, y un «¡ay!» se escuchó;

Un «¡ay!» moribundo, un «¡ay!»

Que penetra el corazón,

45

Que hasta los tuétanos hiela

Y da al que lo oyó temblor;

Un «¡ay!» de alguno que al mundo

Pronuncia el último adiós.

El ruido

50

Cesó,

Un hombre

Pasó

Embozado,

Y el sombrero

55

Recatado

A los ojos

Se caló.

Se desliza

Y atraviesa

60

Junto al muro

De una iglesia,

Y en la sombra

Se perdió.

Una calle estrecha y alta,

65

La calle del Ataúd,

Cual si de negro crespón

Lóbrego eterno capuz

La vistiera, siempre oscura

Y de noche sin más luz

70

Que la lámpara que alumbraba

Una imagen de Jesús,

Atraviesa el embozado,

La espada en la mano aún,

Que lanzó vivo reflejo

75

Al pasar frente a la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube

Con franjas de plata bordarla en redor,

Y luego si el viento la agita, la sube

Disuelta a los aires en blanco vapor,

80

Así vaga sombra de luz y de nieblas,

Mística y aérea dudosa visión,

Ya brilla, o la esconden las densas tinieblas,

Cual dulce esperanza, cual vana ilusión.

La calle sombría, la noche ya entrada,

85

La lámpara triste ya pronta a espirar,

Que a veces alumbraba la imagen sagrada,

Y a veces se esconde la sombra a aumentar,

El vago fantasma que acaso aparece,

Y acaso se acerca con rápido pie,

90

Y acaso en las sombras tal vez desaparece,

Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al más temerario corazón de acero

Recelo inspirara, pusiera pavor;

Al más maldiciente feroz bandolero

95

El rezo a los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aun sangre su espada

Destila, el fantasma terror infundió,

Y el arma en la mano con fuerza empuñada,

Osado a su encuentro despacio avanzó.

100

Segundo Don Juan Tenorio,

Alma fiera e insolente,

Irreligioso y valiente,

Altanero y reñidor:

Siempre el insulto en los ojos,

105

En los labios la ironía,

Nada teme y todo fía

De su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa

De la mujer que corteja,

110

Y hoy, despreciándola, deja

La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,

Ni recuerda en lo pasado

La mujer que ha abandonado,

115

Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños

Del que mató en desafío,

Ni turbó jamás su brío

Recelosa previsión.

120

Siempre en lances y en amores,

Siempre en báquicas orgías,

Mezcla en palabras impías

Un chiste a una maldición.

En Salamanca famoso

125

Por su vida y buen talante,

Al atrevido estudiante

Le señalan entre mil;

Fueros le da su osadía,

Le disculpa su riqueza,

130

Su generosa nobleza,

Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,

Caballeresca apostura,

Agilidad y bravura

135

Ninguno alcanza a igualar;

Que hasta en sus crímenes mismos,

En su impiedad y altiveza,

Pone un sello de grandeza

Don Félix de Montemar.

140

Bella y más pura que el azul del cielo,

Con dulces ojos lánguidos y hermosos,

Donde acaso el amor brilló entre el velo

Del pudor que los cubre candorosos;

Tímida estrella que refleja al suelo

145

Rayos de luz brillantes y dudosos,

Ángel puro de amor que amor inspira,

Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,

Tierna y feliz y de su amante ufana,

150

Cuando al placer su corazón se abría,

Como al rayo del sol rosa temprana,

Del fingido amador que la mentía

La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
155

De que oculto en la miel hierve el veneno.
Que no descansa de su madre en brazos
Más descuidado el candoroso infante
Que ella en los falsos lisonjeros lazos
Que teje astuto el seductor amante:
160

Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ¡ay! que duran un instante,
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusión divina.
Que el alma virgen que halagó un encanto
165

Con nacarado sueño en su pureza
Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta a todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante a la inmortal riqueza,
170

Al aire, al campo, a las fragantes flores,
Ella añade esplendor, vida y colores.
Cifró en Don Félix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida;

Fueron sus ojos a los ojos de ella
175

Astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,
Cuando su voz escucha embebecida,
Embriagada del dios que la enamora,
Dulce le mira, extática le adora.

PARTE SEGUNDA

No dirge except the hollow sea's
Mourns o'er the beauty of the Cyclades.
BYRON, "Don Juan," Canto 4

180
Está la noche serena
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.
Melancólica la luna

185
Va trasmontando la espalda
Del otero, su alba frente
Tímida apenas levanta,
Y el horizonte ilumina,
Pura virgen solitaria,
190

Y en su blanca luz süave
El cielo y la tierra baña.
Deslízase el arroyuelo.
Fúlgida cinta de plata,
Al resplandor de la luna,
195
Entre franjas de esmeralda.
Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez aduermen las auras,
200
Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas
Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,
Y agitan ramas y flores,
205
Y en perfumes se embalsaman.
Tal era pura esta noche
Como aquélla en que sus alas
Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
210
Que amor encendió en el mundo,

Del Edén en la morada.
¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
215
Tal vez misteriosa vaga?
Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello a la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano arranca.
220
Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañosa el alma.
Ora, vedla, mira al cielo,
225
Ora suspira, y se pára;
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa
Su mejilla; es una ola
Del mar que en fiera borrasca
230
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.
Tal vez se sienta, tal vez

Azorada se levanta;

El jardín recorre ansiosa,

235

Tal vez a escuchar se pára.

Es el susurro del viento,

Es el murmullo del agua,

No es su voz, no es el sonido

Melancólico del arpa.

240

Son ilusiones que fueron:

Recuerdos ¡ay! que te engañan,

Sombras del bien que pasó....

Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna

245

Las mismas son que miraran

Indiferentes tu dicha,

Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!

¡Triste amante abandonada!

250

Esas hojas de esas flores

Que distraída tú arrancas,

¿Sabes adónde, infeliz,

El viento las arrebató?

Donde fueron tus amores,

255

Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,

¡Pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora,

Teñida de ópalo y grana,

260

Naciente luz te colora,

Refulgente precursora

De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó

Tu pureza virginal,

265

Tu encanto el aire llevó

Cual la ventura ideal

Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas

Juguete del viento son;

270

Las ilusiones perdidas

¡Ay! son hojas desprendidas

Del árbol del corazón!

¡El corazón sin amor!

Triste páramo cubierto

275

Con la lava del dolor,
Oscuro, inmenso desierto
Donde no nace una flor!
Distante un bosque sombrío,
El sol cayendo en la mar,

280

En la playa un aduar,
Y a lo lejos un navío,
Viento en popa navegar,

Óptico vidrio presenta

En fantástica ilusión,

285

Y al ojo encantado ostenta

Gratas visiones que aumenta

Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal

Trasparente de hermosura;

290

¡Ay de ti! si por tu mal

Rompe el hombre en su locura

Tu misterioso cristal!

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,

En tu misma desventura,

295

Que aun deleites te procura,

Cuando tu pecho suspira,

Tu misteriosa locura:

Que es la razón un tormento,

Y vale más delirar

300

Sin juicio, que el sentimiento

Cuerdamente analizar,

Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va, que sueña en su locura

Presente el bien que para siempre huyó;

305

Dulces palabras con amor murmura,

Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora

Cual si presente le mirara allí;

Vedla, que sola se contempla y llora,

310

Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino

Ha enturbiado su loco pensamiento,

Como nublo que en negro torbellino

Encubre el cielo y amontona el viento;

315

Y vedla cuidadosa escoger flores,

Y las lleva mezcladas en la falda,

Y, corona nupcial de sus amores,

Se entretiene en tejer una guimalda.

Y en medio de su dulce desvarío

320

Triste recuerdo el alma le importuna,

Y al margen va del argentado río,

Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente

Una tras otra rápidas pasar,

325

Y, confusos sus ojos y su mente,

Se siente con sus lágrimas ahogar;

Y de amor canta, y en su tierna queja

Entona melancólica canción,

Canción que el alma desgarrada deja,

330

Lamento ¡ay! que llaga el corazón:

«¿Qué me valen tu calma y tu ternura,

Tranquila noche, solitaria luna,

Si no calmáis del hado la crudeza,

Ni me dais esperanza de fortuna?

335

¿Qué me valen la gracia y la belleza,

Y amar como jamás amó ninguna,

Si la pasión que el alma me devora,

La desconoce aquél que me enamora?»

Lágrimas interrumpen su lamento,

340

Inclina sobre el pecho su semblante,

Y de ella en derredor susurra el viento

Sus últimas palabras, sollozante.

Murió de amor la desdichada Elvira,

Cándida rosa que agostó el dolor,

345

Süave aroma que el viajero aspira

Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores

Reflejó en su cristal la luz del día,

Mas la tierra empañó sus resplandores,

350

Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente,

Alma celeste para amar nacida,

Era el amor de su vivir la fuente,

Estaba junta a su ilusión su vida.

355

Amada del Señor, flor venturosa,

Llena de amor murió y de juventud;

Despertó alegre una alborada hermosa,

Y a la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó también de su locura

360

Al término postrero de su vida,
Y al abrirse a sus pies la sepultura,
Volvió a su mente la razón perdida.
¡La razón fría! ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!...

365

¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!
Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó;
Y así al infiel, con temblorosa mano,

370

Moribunda su víctima escribió:
«Voy a morir: perdona si mi acento
Vuela importuno a molestar tu oído;
Él es, Don Félix, el postrar lamento
De la mujer que tanto te ha querido.

375

La mano helada de la muerte siento....
Adiós: ni amor ni compasión te pido....
Oye y perdona si al dejar el mundo,
rreanca un ¡ay! su angustia al moribundo.

«¡Ah! para siempre adiós. Por ti mi vida

380

Dichosa un tiempo resbalar sentí,

Y la palabra de tu boca oída

Éxtasis celestial fué para mí.

Mi mente aun goza en la ilusión querida

Que para siempre ¡mísera! perdí....

385

¡Ya todo huyó, desapareció contigo!

¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

«Yo las bendigo, sí, felices horas,

Presentes siempre en la memoria mía,

Imágenes de amor encantadoras

390

Que aun vienen a halagarme en mi agonía.

Mas ¡ay! volad, huíd, engañosas

Sombras, por siempre; mi postrero día

Ha llegado, perdón, perdón, ¡Dios mío!

Si aun gozo en recordar mi desvarío.

395

«Y tú, Don Félix, si te causa enojos

Que te recuerde yo mi desventura,

Piensa están hartos de llorar mis ojos

Lágrimas silenciosas de amargura.

Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,

400

Concede este consuelo a mi tristura:

Estos renglones compasivo mira,

Y olvida luego para siempre a Elvira.

«Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
405

Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mujeres;
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí; pero palpíte exento
410

Tu pecho de roedor remordimiento.
«Adiós, por siempre, adiós: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor; mi vista errante
Vaga desvanecida ... ¡calma luego,
415

Oh muerte, mi inquietud!... ¡Sola ... espirante!...
Ámame; no, perdona; ¡inútil ruego!
Adiós, adiós, ¡tu corazón perdí
—¡Todo acabó en el mundo para mí!»
Así escribió su triste despedida
420

Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.
Y exhaló luego su postrer aliento,

Y a su madre sus brazos se apretaron
425

Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.
Y huyó su alma a la mansión dichosa
Do los ángeles moran.... Tristes flores
Brotan la tierra en torno de su losa;
430

El céfiro lamenta sus amores.
Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo....

PARTE TERCERA

CUADRO DRAMÁTICO

SARGENTO
¿Tenéis más que parar?
FRANCO

Paro los ojos.
Los ojos, sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.
MORETO, "San Franco de Sena"

PERSONAS

D. FÉLIX DE MONTEMAR
D. DIEGO DE PASTRANA
SEIS JUGADORES

435

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar;
Y en sus semblantes se pintan

440

El despecho y el afán:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.
Reina profundo silencio,
Sin que lo rompa jamás

445

Otro ruido que el del oro,
O una voz para jurar.
Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad
Negras de humo las paredes

450

De aquella estancia infernal.
Y el misterioso bramido
Se escucha del huracán,
Que azota los vidrios frágiles

Con sus alas al pasar.

ESCENA I

JUGADOR PRIMERO

455

El caballo aun no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO

¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO

La sota.

JUGADOR SEGUNDO

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO

Un caudal llevo perdido.

¡Voto a Cristo!

JUGADOR SEGUNDO

No juréis,

460

Que aun no estáis en la agonía.

JUGADOR PRIMERO

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO

¿Y como cuánto perdéis?

JUGADOR PRIMERO

Mil escudos y el dinero

Que Don Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO

¿Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO

465

¡Qué sé yo!

No tardará.

JUGADOR TERCERO

Envido.

JUGADOR PRIMERO

Quiero.

ESCENA II

Galán de talle gentil,

La mano izquierda apoyada

En el pomo de la espada,

470

Y el aspecto varonil,

Alta el ala del sombrero

Porque descubra la frente,

Con airoso continente

Entró luego un caballero.

JUGADOR PRIMERO *(al que entra)*

475

Don Félix, a buena hora

Habéis llegado.

D. FÉLIX

¿Perdisteis?

JUGADOR PRIMERO

El dinero que me disteis

Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO

Don Félix de Montemar

480

Debe perder. El amor

Le negara su favor

Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX *(con desdén)*

Necesito ahora dinero,

Y estoy hastiado de amores.

(Al corro con altivez)

485

Dos mil ducados, señores,

Por esta cadena quiero.

(Quítase una cadena que lleva al pecho.)

JUGADOR TERCERO

Alta ponéis la tarifa.

D. FÉLIX *(con altivez)*

La pongo en lo que merece.

Si otra duda se os ofrece,

490

Decid. *(Al corro)*

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO (*aparte*)

¿Y hay quien sufra tal afrenta?

D. FÉLIX

Entre cinco están hallados.

A cuatrocientos ducados

Os toca, según mi cuenta.

495

Al as deoros. Allá va.

(*Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.*)

Una, dos ... (*Al perdidoso*)

Con vos no cuento.

JUGADOR PRIMERO

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO

¡El as! ¡el as! aquí está.

JUGADOR PRIMERO

Ya ganó.

D. FÉLIX

Suerte tenéis.

500

A un solo golpe de dados

Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO

¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO (*a Don Félix*)

Los perdéis.

D. FÉLIX

Perdida tengo yo el alma,

Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO

Tirad.

D. FÉLIX

505

Al primer envite.

JUGADOR TERCERO

Tirad pronto.

D. FÉLIX

Tened calma:

Que os juego más todavía,

Y en cien onzas hago el trato,

Y os lleváis este retrato

510

Con marco de pedrería.

JUGADOR TERCERO

¿En cien onzas?

D. FÉLIX

¿Qué dudáis?

JUGADOR PRIMERO (*tomando el retrato*)

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO

No es caro.

D. FÉLIX

¿Queréis pararlas?

JUGADOR TERCERO

Las paro.

Más ganaré.

D. FÉLIX

Si ganáis, (*Se registra todo.*)

515

No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO (*mirando el retrato*)

Si esta imagen respirara....

D. FÉLIX

A estar aquí, la jugara

A ella, al retrato y a mí.

JUGADOR TERCERO

Vengan los dados.

D. FÉLIX

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO

520

Por Don Félix cien ducados.

JUGADOR CUARTO

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO

Cincuenta más. Esperad,

No tiréis.

JUGADOR SEGUNDO

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO

Yo, sin blanca, a Dios le ruego

Por Don Félix.

JUGADOR QUINTO

525

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO

¿Tiro?

D. FÉLIX

Tirad con sesenta

De a caballo.

(Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa. El tercer jugador tira los dados.)

JUGADOR CUARTO

¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO

¡Mil demonios, que a los dos

Nos lleven!

D. FÉLIX (*con calma al primero*)

¡Bien, vive Dios,

530

Vuestros ruegos me han valido!

Encomendadme otra vez,

Don Juan, al diablo; no sea

Que si os oye Dios, me vea

Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO

535

Don Félix, habéis perdido

Sólo el marco, no el retrato;

Que entrar la dama en el trato

Vuestra intención no habrá sido.

D. FÉLIX

¿Cuánto dierais por la dama?

JUGADOR TERCERO

540

Yo, la vida.

D. FÉLIX

No la quiero.

Mirad si me dais dinero,

Y os la lleváis.

JUGADOR TERCERO

¡Buena fama

Lograréis entre las bellas,

Cuando descubran altivas

545

Que vos las hacéis cautivas

Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX

Eso a vos no importa nada.

¿Queréis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO

Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX (*con cólera*)

550

Vos habláis con demasiada

Altivez e irreverencia

De una mujer ... ¡y si no....!

JUGADOR TERCERO

De la pintura hablé yo.

TODOS

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX (*sosegado*)

555

Sobre mi palabra os juego

Mil escudos.

JUGADOR TERCERO

Van tirados.

D. FÉLIX

A otra suerte de esos dados;

Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,

560

Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte o de perder la vida,
Un hombre entró embozado hasta los ojos,
Sobre las juntas cejas el sombrero;
565

Víbrale al rostro el corazón enojos,
El paso firme, el ánimo altanero.
Encubierta fatídica figura.—
Sed de sangre su espíritu secó,
mponzoñó su alma la amargura,
570

La venganza irritó su corazón.
Junto a Don Félix llega, y, desatento,
No habla a ninguno, ni aun la frente inclina;
Y en pie y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.
575

Miró también Don Félix al sombrío
Huésped que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frío,
Fijos en él los suyos, sonrió.
D. FÉLIX
Buen hombre, ¿de qué tapiz
580
Se ha escapado—el que se tapa—

Que entre el sombrero y la capa
Se os ve apenas la nariz?
D. DIEGO
Bien, Don Félix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX (*al tercer jugador sin hacer caso de Don Diego*)
585
Perdisteis.

JUGADOR TERCERO

Sí. La fortuna
Se trocó; tiro y van dos. (*Vuelven a tirar.*)

D. FÉLIX
Gané otra vez. (*Al embozado*)

No he entendido
Qué dijisteis, ni hice aprecio
De si hablasteis blando o recio
590

Cuando me habéis respondido.

D. DIEGO
A solas hablar querría.

D. FÉLIX
Podéis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía;
595

Y si Dios aquí os envía
Para hacer mi conversión,
No despreciéis la ocasión
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
600

Aguardo mi absolución.

D. DIEGO (*desembozándose con ira*)

Don Félix, ¿no conocéis

A Don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX

A vos no, mas sí a una hermana

Que imagino que tenéis.

D. DIEGO

605

¿Y no sabéis que murió?

D. FÉLIX

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO

Pienso que sabéis su historia,

Y quién fué quien la mató.

D. FÉLIX (*con sarcasmo*)

¡Quizá alguna calentura!

D. DIEGO

¡Mentís vos!

610

D. FÉLIX

Calma, Don Diego,

Que si vos os morís luego,

Es tanta mi desventura

Que aun me lo habrán de achacar,

Y es en vano ese despecho.

615

Si se murió, a lo hecho, pecho.

Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO

Os estoy mirando y dudo

Si habré de manchar mi espada

Con esa sangre malvada,

620

O echaros al cuello un nudo

Con mis manos, y con mengua,

En vez de desafiaros,

El corazón arrancaros

Y patearos la lengua;

625

Que un alma, una vida, es

Satisfacción muy ligera,

Y os diera mil si pudiera

Y os las quitara después.

Jugo a mi labio han de dar

630

Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas
Basta mi sed a calmar.

¡Villano!

(Tira de la espada; todos los jugadores se interponen.)

TODOS

Fuera de aquí
A armar quimera.

D. FÉLIX *(con calma levantándose)*

Tened,

635

Don Diego, la espada, y ved
Que estoy yo muy sobre mí,
Y que me contengo mucho,
No sé por qué, pues tan frío
En mi colérico brío

640

Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO *(con furor reconcentrado y con la espada desnuda)*

Salid de aquí; que a fe mía,
Que estoy resuelto a mataros,
Y no alcanzara a libraros
La misma Virgen María.

645

Y es tan cierta mi intención,

Tan resuelta está mi alma,

Que hasta mi cólera calma

Mi firme resolución.

Venid conmigo.

D. FÉLIX

Allá voy;

650

Pero si os mato, Don Diego,
Que no me venga otro luego

A pedirme cuenta. Soy

Con vos al punto. Esperad

Cuente el dinero ... *uno ... dos...*

(A Don Diego)

655

Son mis ganancias; por vos

Pierdo aquí una cantidad

Considerable de oro

Que iba a ganar ... ¿y por qué?

Diez ... quince ... por no sé qué

660

Cuento de amor ... ¡un tesoro

Perdido! ... voy al momento.

Es un puro disparate

Empeñarse en que yo os mate:

Lo digo como lo siento.

D. DIEGO

665

Remiso andáis y cobarde

Y hablador en demasía.

D. FÉLIX

Don Diego, más sangre fría.

Para reñir nunca es tarde.

Y si aun fuera otro el asunto,

670

Yo os perdonara la prisa.

Pidierais vos una misa

Por la difunta, y al punto....

D. DIEGO

¡Mal caballero!...

D. FÉLIX

Don Diego,

Mi delito no es gran cosa.

675

Era vuestra hermana hermosa;

La vi, me amó, creció el juego,

Se murió, no es culpa mía;

Y admiro vuestro candor,

Que no se mueren de amor

680

Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO

¿Estáis pronto?

D. FÉLIX

Están contados.

Vamos andando.

D. DIEGO *(con voz solemne)*

¿Os reís?

Pensad que a morir venís.

D. FÉLIX *(sale tras de él, embolsándose el dinero con indiferencia)*

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV

LOS JUGADORES

JUGADOR PRIMERO

685

Este Don Diego Pastrana

Es un hombre decidido.

Desde Flandes ha venido

Sólo a vengar a su hermana.

JUGADOR SEGUNDO

¡Pues no ha hecho mal disparate!

690

Me da el corazón su muerte.

JUGADOR TERCERO

¿Quién sabe? acaso la suerte....

JUGADOR CUARTO

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA

Salió, en fin, de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, a tocar los bienes ligeramente y de pasada.—"La protección de un sastre," novela original por D. MIGUEL DE LOS SANTOS ÁLVAREZ

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST; CARO VERO INFIRMA.—S. MARCOS, "Evangelio"

Vedle, Don Félix es, espada en mano,

Sereno el rostro, firme el corazón;

695

También de Elvira el vengativo hermano

Sin piedad a sus pies muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta

Por la calle fatal del Ataúd;

Y ni medrosa aparición le espanta,

700

Ni le turba la imagen de Jesús.

La moribunda lámpara que ardía

Trémula lanza su postrer fulgor,

Y, en honda oscuridad, noche sombría

La misteriosa calle encapotó.

705

Mueve los pies el Montemar osado

En las tinieblas con incierto giro,

Cuando, ya un trecho de la calle andado,

Súbito junto a él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,

710

Y a su pesar sus nervios se crisparon;

Mas, pasado el primero movimiento,

A su primera rigidez tomaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena.

Que ni finge valor, ni muestra miedo,

715

El alma de invencible vigor llena,

Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impio jura,

Y a mover vuelve la atrevida planta,

Cuando hacia él fatídica figura

720

Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa, y se anima, y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentino blancor va apareciendo.

725

Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos, Montemar, fijos en ella,

730

Con más asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira;
Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusión creó,

735

O del vino ridículos antojos

Que al fin su juicio a alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano

Nunca su mente a trastornar bastara,

Que ya mil veces embriagarse en vano

740

En frenéticas orgias intentara.

«Dios presume asustarme; ¡ojalá fuera»,

Dijo entre sí riendo, «el diablo mismo!

Que entonces ¡vive Dios! quién soy supiera

El cornudo monarca del abismo.»

745

Al pronunciar tan insolente ultraje

La lámpara del Cristo se encendió,

Y una mujer, velada en blanco traje,

Ante la imagen de rodillas vió.

«Bienvenida la luz,» dijo el impío,

750

«Gracias a Dios o al diablo;» y, con osada,

Firme intención y temerario brío,

El paso vuelve a la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan

La luz, la imagen, la devota dama;

755

Mas si él se pára, de moverse dejan;

Y lágrima tras lágrima derrama

De sus ojos inmóviles la imagen.

Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira

Su planta audaz, ni su impiedad atajen,

760

Rostro a rostro a Jesús Montemar mira.

—La calle parece se mueve y camina,

Faltarle la tierra sintió bajo el pie;

Sus ojos la muerta mirada fascina

Del Cristo, que intensa clavada está en él.

765

Y en medio el delirio que embarga su mente,

Y achaca él al vino que al fin le embriagó,

La lámpara alcanza con mano insolente

Del ara do alumbra la imagen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino

770

Encubre, con ánimo asaz descortés;

Mas la luz apaga viento repentino,

Y la blanca dama se puso de pie.

Empero un momento creyó que veía

Un rostro que vagos recuerdos quizá

775

Y alegres memorias confusas traía

De tiempos mejores que pasaron ya,

Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,

Como un sentimiento que el alma halagó,

Que anubla la frente con rígido ceño,

780

Sin que lo comprenda jamás la razón.

Su forma gallarda dibuja en las sombras

El blanco ropaje que ondeante se ve,

Y cual si pisara mullidas alfombras,

Deslízase leve sin ruido su pie.

785

Tal vimos al rayo de la luna llena

Fugitiva vela de lejos cruzar,

Que ya la hinche en popa la brisa serena,

Que ya la confunde la espuma del mar.

También la esperanza blanca y vaporosa

790

Así ante nosotros pasa en ilusión,

Y el alma conmueve con ansia medrosa

Mientras la rechaza la adusta razón.

D. FÉLIX

«¡Qué! ¿sin respuesta me deja?

¿No admitís mi compañía?

795

¿Será quizá alguna vieja

Devota?... ¡Chasco sería!

En vano, dueña, es callar,

Ni hacerme señas que no;

He resuelto que sí yo,

800

Y os tengo de acompañar.

Y he de saber dónde vais

Y si sois hermosa o fea,

Quién sois y cómo os llamáis,

Y aun cuando imposible sea,

805

Y fuerais vos Satanás

Con sus llamas y sus cuernos,

Hasta en los mismos infiernos,

Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar; ¡vive Dios!

810

Y aunque lo estorbara el cielo,

Que yo he de cumplir mi anhelo

Aun a despecho de vos;

Y perdonadme, señora,

Si hay en mi empeño osadía,

815

Mas fuera descortesía

Dejaros sola a esta hora;

Y me va en ello mi fama,

Que juro a Dios no quisiera

Que por temor se creyera

820

Que no he seguido a una dama.»

Del hondo del pecho profundo gemido,

Crujido del vaso que estalla al dolor,

Que apenas medroso lastima el oído,

Pero que punzante rasga el corazón,

825

Gemido de amargo recuerdo pasado,

De pena presente, de incierto pesar,

Mortífero aliento, veneno exhalado

Del que encubre el alma ponzoñoso mar,

Gemido de muerte lanzó, y silenciosa

830

La blanca figura su pie resbaló,

Cual mueve sus alas sílfide amorosa

Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un día

La dicha que eterna creyó el corazón,

835

Y en noche de nieblas y en honda agonía

En un mar sin playas muriendo quedó!..

Y solo y llevando consigo en su pecho,

Compañero eterno su dolor crüel,

El mágico encanto del alma deshecho,

840

Su pena, su amigo y su amante más fiel;

¡Miró sus suspiros llevarlos el viento,

Sus lágrimas tristes perderse en el mar,

Sin nadie que acuda ni entienda su acento,

Insensible el cielo y el mundo a su mal!

845

Y ha visto la luna brillar en el cielo

Serena y en calma mientras él lloró,

Y ha visto los hombres pasar en el suelo

Y nadie a sus quejas los ojos volvió!

Y él mismo, la befa del mundo temblando,

850

Su pena en su pecho profunda escondió,

Y dentro en su alma su llanto tragando

Con falsa sonrisa su labio vistió!!...

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,

Horas otro tiempo que abrevió el placer,

855

Y hoy solo y llorando piensa como huyeron

Con ellas por siempre las dichas de ayer;

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,

No huyeron del mundo, que en el mundo están;

Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,

860

Y aquellos placeres para él no son ya!

¡Ay del que descubre por fin la mentira!

¡Ay del que la triste realidad palpó!

Del que el esqueleto de este mundo mira,

Y sus falsas galas loco le arrancó!...

865

¡Ay de aquel que vive sólo en lo pasado!

¡Ay del que su alma nutre en su pesar!

Las horas que huyeron llamará angustiado,

Las horas que huyeron jamás tomarán!...

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,

870

Quien noches enteras contó sin dormir

En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,

Horas sempiternas de ansiedad sin fin....

Quien haya sentido quererse del pecho

Saltar a pedazos roto el corazón,

875

Crecer su delirio, crecer su despecho,

Al cuello cien nudos echarle el dolor,

Ponzoñoso lago de punzante hielo,

Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,

Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,

880

Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán.

Aquél, de la blanca fantasma el gemido,

Única respuesta que a Don Félix dió,

Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,

Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX

885

«Si buscáis algún ingrato,

Yo me ofrezco agradecido;

Pero o miente ese recato,

O vos sufrís el mal trato

De algún celoso marido.

890

¿Acerté? ¡Necia manía!

Es para volverme loco,

Si insistís en tal porfía;

Con los mudos, reina mía,

Yo hago mucho y hablo poco.»

895

Segunda vez importunada en tanto,

Una voz de süave melodía

El estudiante oyó que parecía

Eco lejano de armonioso canto,

De amante pecho lánguido latido,

900

Sentimiento inefable de ternura,

Suspiro fiel de amor correspondido,

El primer sí de la mujer aun pura.

«Para mí los amores acabaron;

Todo en el mundo para mí acabó;

905

Los lazos que a la tierra me ligaron

El cielo para siempre desató,»

Dijo su acento misterioso y tierno,

Que de otros mundos la ilusión traía,

Eco de los que ya reposo eterno

910

Gozan en paz bajo la tumba fría.

Montemar, atento sólo a su aventura,

Que es bella la dama y aun fácil juzgó,

Y la hora, la calle y la noche oscura

Nuevos incentivos a su pecho son.

915

«—Hay riesgo en seguirme.—Mirad ¡qué reparo!

—Quizá luego os pese.—Puede que por vos.

—Ofendéis al cielo.—Del diablo me amparo.

—Idos, caballero, no tentéis a Dios.

—Siento me enamora más vuestro despego,

920

Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal;

Veame en vuestros brazos y máteme luego.

—¡Vuestra última hora quizá ésta será!...

Dejad ya, Don Félix, delirios mundanos.

—¡Hola, me conoce!—¡Ay! ¡temblad por vos!

925

¡Temblad no se truequen deleites livianos

En penas eternas!—Basta de sermón,

Que yo para oírlos la cuaresma espero;

Y hablemos de amores, que es más dulce hablar;

Dejad ese tono solemne y severo,

930

Que os juro, señora, que os sienta muy mal.

La vida es la vida: cuando ella se acaba,

Acaba con ella también el placer.

¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?

Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

935

Si mañana muero, que sea en mal hora

O en buena, cual dicen, ¿qué me importa a mí?

Goce yo el presente, disfrute yo ahora,

Y el diablo me lleve siquiera al morir.

—¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío!—»

940

La figura fatídica exclamó;

Y en tanto al pecho redoblar su brío

Siente Don Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,

Plazas solitarias,

945

Arruinados muros,

Donde sus plegarias

Y falsos conjuros,

En la misteriosa

Noche borrascosa,

950

Maldecida bruja

Con ronca voz canta,

Y de los sepulcros

Los muertos levanta,

Y suenan los ecos

955

De sus pasos huecos

En la soledad;

Mientras en silencio

Yace la ciudad,

Y en lúgubre són

960

Arrulla su sueño

Bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,

Y más allá y más allá;

Ni tiene término el viaje,

965

Ni nunca dejan de andar.

Y atraviesan, pasan, vuelven,

Cien calles quedando atrás,

Y paso tras paso siguen,

Y siempre adelante van;

970

Y a confundirse ya empieza

Y a perderse Montemar,

Que ni sabe a dó camina,

Ni acierta ya dónde está;

Y otras calles, otras plazas

975

Recorre, y otra ciudad,

Y ve fantásticas torres

De su eterno pedestal

Arrancarse, y sus macizas,

Negras masas caminar,

980

Apoyándose en sus ángulos,

Que en la tierra en desigual,

Perezoso tranco fijan;

Y a su monótono andar,

Las campanas sacudidas

985

Misteriosos dobles dan,

Mientras en danzas grotescas,

Y al estruendo funeral,

En derredor cien espectros

Danzan con torpe compás;

990

Y las veletas sus frentes

Bajan ante él al pasar,

Los espectros le saludan,

Y en cien lenguas de metal,

Oye su nombre en los ecos

995

De las campanas sonar.

Mas luego cesa el estrépito,

Y en silencio, en muda paz

Todo queda, y desaparece

De súbito la ciudad:

1000

Palacios, templos, se cambian

En campos de soledad,

Y en un yermo y silencioso,

Melancólico arenal,

Sin luz, sin aire, sin cielo,

1005

Perdido en la inmensidad.

Tal vez piensa que camina,

Sin poder parar jamás,

De extraño empuje llevado

Con precipitado afán;

1010

Entretanto que su guía,

Delante de él sin hablar,

Sigue misteriosa, y sigue

Con paso rápido, y ya

Se remonta ante sus ojos

1015

En alas del huracán,

Visión sublime, y su frente

Ve fosfórica brillar

Entre lívidos relámpagos

En la densa oscuridad,

1020

Sierpes de luz, luminosos

Engendros del vendaval;

Y cuando duda si duerme,

Si tal vez sueña o está

Loco, si es tanto prodigio,

1025

Tanto delirio verdad,

Otra vez en Salamanca

Súbito vuélvese a hallar,

Distingue los edificios,

Reconoce en dónde está,

1030

Y en su delirante vértigo

Al vino vuelve a culpar,

Y jura, y siguen andando,

Ella delante, él detrás.

«¡Vive Dios! dice entre sí,

1035

O Satanás se chancea,

O no debo estar en mí,

O el Málaga que bebí

En mi cabeza aun humea.

«Sombras, fantasmas, visiones....

1040

Dale con tocar a muerto,

Y en revueltas confusiones,

Danzando estos torreones

Al compás de tal concierto.

«Y el juicio voy a perder

1045

Entre tantas maravillas.

¡Que estas torres llegue a ver,

Como mulas de alquiler,

Andando con campanillas!

«¿Y esta mujer quién será?

1050

Mas si es el diablo en persona,

¿A mí qué diantre me da?

Y más que el traje en que va

En esta ocasión le abona.

«Noble señora, imagino

1055

Que sois nueva en el lugar:

Andar así es desatino;

O habéis perdido el camino,

O esto es andar por andar.

«Ha dado en no responder,

1060

Que es la más rara locura

Que puede hallarse en mujer,

Y en que yo la he de querer

Por su paso de andadura.»

En tanto Don Félix a tientas seguía,

1065

Delante camina la blanca visión,

Triplica su espanto la noche sombría,

Sus hórridos gritos redobla Aquilón.

Rechinan girando las férreas veletas,

Crujir de cadenas se escucha sonar,

1070

Las altas campanas, por el viento inquietas,

Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene

A compás marchando con sordo rumor,

Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,

1075

Y rezar parece en confuso són,

Llegó de Don Félix luego a los oídos,

Y luego cien luces a lo lejos vió,

Y luego en hileras largas divididos,

Vió que murmurando con lúgubre voz

1080

Enlutados bultos andando venían;

Y luego más cerca con asombro ve

Que un féretro en medio y en hombros traían

Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,

1085

Infernal arcano parece encubrir.

Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo,

Cuando todo anuncia que habrá de morir

Al hombre que loco la recia tormenta

Corrió de la vida, del viento a merced,

1090

Cuando una voz triste las horas le cuenta,

Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma

Quien no sienta el pecho de horror palpar,

Quien como Don Félix, con serena calma,

1095

Ni en Dios ni en el diablo se ponga a pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,

El lúgubre entierro ya cerca llegó,

Y la blanca dama, devota rezando,

Entrambas rodillas en tierra dobló.

1100

Calado el sombrero y en pie, indiferente

El féretro mira Don Félix pasar,

Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.
Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
1105

Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno Don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él!...
Él mismo, su imagen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin;
1110

Y duda, y se palpa, y fría pavura
Un punto en sus venas sintió discurrir.
Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
1115

Pronto su fiereza volvió al corazón.
«Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrame a mí, y mañana
1120

Me he de quejar de este yerro.
«Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan a enterrar?»
«—Al estudiante endiablado

Don Félix de Montemar,»

1125

Respondió el encapuchado.

«—Mientes, truhán.—No por cierto.

—Pues decidme a mí quién soy,

Si gustáis, porque no acierto

Cómo a un mismo tiempo estoy

1130

Aquí vivo y allí muerto.

«—Yo no os conozco.—Pardiez,

Que si me llego a enojar,

Tus burlas te haga llorar

De tal modo que otra vez

1135

Conozcas ya a Montemar.

«¡Villano!... mas esto es

Ilusión de los sentidos,

El mundo que anda al revés,

Los diablos entretenidos

1140

En hacerme dar traspies.

«¡El fanfarrón de Don Diego!

De sus mentiras reniego,

Que cuando muerto cayó,

Al infierno se fué luego

1145

Contando que me mató.»
Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desdén volvió;
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y a la devota dama se acercó.

1150

«Conque, en fin, ¿dónde vivís?
Que se hace tarde, señora.
—Tarde, aun no; de aquí a una hora
Lo será.—Verdad decís,
Será más tarde que ahora.

1155

«Esa voz con que hacéis miedo
De vos me enamora más.
Yo me he echado el alma atrás;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

1160

«—Cada paso que avanzáis
Lo adelantáis a la muerte,
Don Félix. ¿Y no tembláis
Y el corazón no os advierte
Que a la muerte camináis?»

1165

Con eco melancólico y sombrío

Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.
Las piedras con las piedras se golpearon,
1170

Bajo sus pies la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió;
Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
1175

Siempre sobre él saltándose anhelantes,
Ojos de horror que sin cesar le miran.
Y los vió y no tembló; mano a la espada
Puso y la sombra intrépido embistió;
Y ni sombra encontró ni encontró nada,
1180

Sólo fijos en él los ojos vió.
Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo,
Y, en él creciendo el infernal anhelo,
Con voz de enojo blasfemando dijo:

1185

«Seguid, señora, y adelante vamos:
Tanto mejor si sois el diablo mismo,

Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,

Y acábese por fin tanto embolismo.

«Que de tanto sermón, de farsa tanta,

1190

Juro, pardiez, que fatigado estoy;

Nada mi firme voluntad quebranta:

Sabed, en fin, que, donde vayáis, voy.

«Un término no más tiene la vida:

Término fijo; un paradero el alma:

1195

Ahora adelante.» Dijo, y en seguida

Camina en pos con decidida calma.

Y la dama a una puerta se paró,

Y era una puerta altísima, y se abrieron

Sus hojas en el punto en que llamó,

1200

Que a un misterioso impulso obedecieron;

Y tras la dama el estudiante entró;

Ni pajes ni doncellas acudieron;

Y cruzan a la luz de unas bujías

Fantásticas, desiertas galerías.

1205

Y la visión, como engañoso encanto,

Por las losas deslízase sin ruido,

Toda encubierta bajo el blanco manto

Que barre el suelo en pliegues desprendido;

Y por el largo corredor en tanto

1210

Sigue adelante, y síguela atrevido,

Y su temeridad raya en locura,

Resuelto Montemar a su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,

Lánguida luz y cárdena esparcían,

1215

Y en torno, en movimientos desiguales,

Las sombras se alejaban o venían

Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,

Urnas allí y estatuas se veían,

Rotas columnas, patios mal seguros,

1220

Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,

Edificio sin base ni cimiento,

Ondula cual fantástico navío

Que anclado mueve borrasco viento.

1225

En un silencio aterrador y frío

Yace allí todo: ni rumor, ni aliento

Humano nunca se escuchó: callado,

Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas a las muertas horas

1230

Siguen en el reloj de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huída;
Ellas solas y tristes moradoras
De aquella negra, funeral guarida,

1235

Cual soñada fantástica quimera,
Vienen a ver al que su paz altera.
Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan lejos cual carbones rojos,

1240

Y espantaran la misma valentía;
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansión sombría;
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen.

1245

Grandiosa, satánica figura,
Alta la frente, Montemar camina,
Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina:
Fábrica frágil de materia impura,

1250

El alma que la alienta y la ilumina

Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza a su trono y le provoca a duelo.
Segundo Lucifer que se levanta

Del rayo vengador la frente herida,

1255

Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida:

El hombre, en fin, que en su ansiedad quebranta

Su límite a la cárcel de la vida,

Y a Dios llama ante él a darle cuenta,

1260

Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,

Cruza aquella quimérica morada,

Con atrevida indiferencia andando,

Mofa en los labios, y la vista osada;

1265

Y el rumor que sus pasos van formando,

Y el golpe que al andar le da la espada,

Tristes ecos, siguiéndole detrás,

Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido

1270

Que de aquella mansión los ecos llena,

En el suelo y los techos repetido,

En su profunda soledad resuena;
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
1275

Que al fin del corredor largo y oscuro
Salir parece de entre el roto muro.
Y en aquel otro mundo y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida que, con la muerte confundida,
1280

Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusión descolorida
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana
La sola imagen de la vida humana.
1285

Que allá su blanca, misteriosa guía,
De la alma dicha la ilusión parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece;
Blanca, flotante nube que en la umbría
1290

Noche en alas del céfiro se mece
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento;
Humo sùave de quemado aroma

Que al aire en ondas a perderse asciende;
1295

Rayo de luna que en la parda loma
Cual un broche su cima al éter prende;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
1300

Entre el alba y la noche confundidas.
Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los pies al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica visión del blanco velo:
1305

Imagen fiel de la ilusión dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo,
Pensamiento sin fórmula y sin nombre
Que hace rezar y blasfemar al hombre.
Y al fin del largo corredor llegando,
1310

Montemar sigue su callada guía,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía

1315

Suspendida en el aire y con violento,

Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino

Infinito prolóngase y se extiende,

Y el juicio pone en loco desatino

1320

A Montemar que en tumbos mil desciende,

Y, envuelto en el violento torbellino,

Al aire se imagina, y se desprende,

Y sin que el raudo movimiento ceda,

Mil vueltas dando, a los abismos rueda;

1325

Y de escalón en escalón cayendo,

Blasfema y jura con lenguaje inmundo,

Y su furioso vértigo creciendo,

Y despeñado rápido al profundo,

Los silbos ya del huracán oyendo,

1330

Ya ante él pasando en confusión el mundo,

Ya oyendo gritos, voces y palmadas,

Y aplausos y brutales carcajadas,

Llantos y ayes, quejas y gemidos,

Mofas, sarcasmos, risas y denuestos;

1335

Y en mil grupos acá y allá reunidos,

Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,

Hombres, mujeres, todos confundidos,

Con sandia pena, con alegres gestos,

Que con asombro estúpido le miran

1340

Y en el perpetuo remolino giran.

Siente por fin que de repente pára,

Y un punto sin sentido se quedó;

Mas luego valeroso se repara,

Abrió los ojos y de pie se alzó;

1345

Y fué el primer objeto en que pensara

La blanca dama, y alrededor miró,

Y al pie de un triste monumento hallóla

Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento

1350

Que en medio de la estancia se elevaba,

Y, a un tiempo a Montemar ¡raro portento!

Una tumba y un lecho semejaba:

Ya imaginó su loco pensamiento

Que abierta aquella tumba le aguardaba;

1355

Ya imaginó también que el lecho era

Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto, recobrada su osadía,
Y a terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafía

1360

Con firme pecho y decisión segura:

A la blanca visión su planta guía,
Y a descubrirse el rostro la conjura,
Y a sus pies Montemar tomando asiento

Así la habló con animoso acento:

1365

«Diablo, mujer o visión,
Que, a juzgar por el camino
Que conduce a esta mansión,
Eres puro desatino

O diabólica invención,

1370

«Siquier de parte de Dios,
Siquier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí a los dos?
Decidme, en fin, ¿quién sois vos?

Y sepa yo con quién hablo:

1375

«Que más que nunca palpita
Resuelto mi corazón,
Cuando en tanta confusión,
Y en tanto arcano que irrita,

Me descubre mi razón

1380

«Que un poder aquí supremo,

Invisible se ha mezclado,

Poder que siento y no temo,

A llevar determinado

Esta aventura al extremo.»

1385

Fúnebre

Llanto

De amor

Óyese

En tanto

1390

En son

Flébil, blando

Cual quejido

Dolorido

Que del alma

1395

Se arrancó:

Cual profundo

¡Ay! que exhala

Moribundo

Corazón.

1400

Música triste

Lánguida y vaga,

Que a par lastima

Y el alma halaga;

Dulce armonía

1405

Que inspira al pecho

Melancolía,

Como el murmullo

De algún recuerdo

De antiguo amor,

1410

A un tiempo arrullo

Y amarga pena

Del corazón.

Mágico embeleso,

Cántico ideal,

1415

Que en los aires vaga

Y en sonoras ráfagas

Aumentado va;

Sublime y oscuro,

Rumor prodigioso,

1420

Sordo acento lúgubre,

Eco sepulcral,

Músicas lejanas,

De enlutado parche

Redoble monótono,

1425

Cercano huracán,

Que apenas la copa

Del árbol menea

Y bramando está;

Olas alteradas

1430

De la mar bravía

En noche sombría,

Los vientos en paz,

Y cuyo rugido

Se mezcla al gemido

1435

Del muro que trémulo

Las siente llegar;

Pavoroso estrépito,

Infalible présago

De la tempestad.

1440

Y, en rápido *crescendo*,

Los lúgubres sonidos

Más cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar;
Cual trueno en las montañas
1445

Que retumbando va,
Cual rugen las entrañas
De horrisono volcán.
Y algazara y gritería,
Crujir de afilados huesos,
1450

Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos,
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento
Separando sus juntas
1455

Irse poco a poco abriendo,
Siente Montemar; y el ruido
Más cerca crece, y a un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
1460

Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,

Exhalar tristes quejidos
1465

Y prorrumpir en lamentos:
Todo en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo,
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.

1470
Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un són,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece

1475
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó;
Sintió, removidas las tumbas,
Crujir a sus pies con fragor,

1480
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahinco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansión,
Los muertos, de súbito oyendo

1485

El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido

Desquiciarse la estancia sintió,

Y al tremendo tartáreo ruido

Cien espectros alzarse miró:

1490

De sus ojos los huecos fijaron

Y sus dedos enjutos en él;

Y después entre sí se miraron,

Y a mostrarle tomaron después;

Y, enlazadas las manos siniestras,

1495

Con dudoso, espantado ademán

Contemplando, y, tendidas sus diestras,

Con asombro al osado mortal,

Se acercaron despacio, y la seca

Calavera, mostrando temor,

1500

Con inmóvil, irónica mueca

Inclinaron, formando en redor.

Y entonces la visión del blanco velo

Al fiero Montemar tendió una mano,

Y era su tacto de crispante hielo,

1505

Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, crüel, nerviosa y fría,

Histérica y horrible sensación,

Toda la sangre coagulada envía

Agolpada y helada al corazón....

1510

Y a su despecho y maldiciendo al cielo,

De ella apartó su mano Montemar,

Y temerario alzándola a su velo,

Tirando de él la descubrió la faz.

¡Es su esposo!! los ecos retumbaron,

1515

¡La esposa al fin que su consorte halló!!

Los espectros con júbilo gritaron:

¡Es el esposo de su eterno amor!!

Y ella entonces gritó: *¡Mi esposo!!* ¡Y era

(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)

1520

Una sórdida, horrible calavera,

La blanca dama del gallardo andar!...

Luego un caballero de espuela dorada,

Airoso, aunque el rostro con mortal color,

Traspasado el pecho de fiera estocada,

1525

Aun brotando sangre de su corazón,

Se acerca y le dice, su diestra tendida,

Que impávido estrecha también Montemar:

«—Al fin, la palabra, que disteis, cumplida,

Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya;

1530

«Mi muerte os perdono.—Por cierto, Don Diego,

Repuso Don Félix tranquilo a su vez,

Me alegre de veros con tanto sosiego,

Que a fe no esperaba volveros a ver.

«En cuanto a ese espectro que decís mi esposa,

1535

Raro casamiento venísme a ofrecer:

Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;

Mas no se os figure que os quiera ofender.

«Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,

Y espero no salga fallido mi plan,

1540

Que, en caso tan raro y mi esposa muerta,

Tanto como viva no me cansará.

«Mas antes decidme si Dios o el demonio

Me trajo a este sitio, que quisiera ver

Al uno u al otro, y en mi matrimonio

1545

Tener por padrino siquiera a Luzbel:

«Cualquiera o entrambos con su corte toda,

Estando estos nobles espectros aquí,

No perdiera mucho viniendo a mi boda....

Hermano Don Diego, ¿no pensáis así?»

1550

Tal dijo Don Félix con fruncido ceño,

En torno arrojando con fiero ademán

Miradas audaces de altivo desdén,

Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,

1555

Los fríos, largos y asquerosos brazos,

Le enreda en tanto en apretados lazos,

Y ávido le acaricia en su ansiedad;

Y con su boca cavernosa busca

La boca a Montemar, y a su mejilla

1560

La árida, descarnada y amarilla

Junta y refriega repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,

Aun más sus nudos que se aprietan siente,

Baña un mar de sudor su ardida frente,

1565

Y crece en su impotencia su furor.

Pugna con ansia a desasirse en vano,

Y cuanto más airado forcejea,

Tanto más se le junta y le desea

El rudo espectro que le inspira horror.

1570

Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso a seguir,
Los espectros su ronda empezaron,

1575

Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento
Y hojas secas agita sin fin.
Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,

1580

Levantóse en su cóncavo hueco
Semejante a un aullido una voz
Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca

1585

En los senos el viento formó.
«Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa
Por siempre al esposo que amó;

1590

Su boca a su boca se junte,

Y selle su eterna delicia,

Süave, amorosa caricia

Y lánguido beso de amor.

«Y en mútuos abrazos unidos,

1595

Y en blando y eterno reposo,

La esposa enlazada al esposo,

Por siempre descansen en paz;

Y en fúnebre luz ilumine

Sus bodas fatídica tea,

1600

Les brinde deleites, y sea

La tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética,

Que en raudo giro se agita,

Más cada vez precipita

1605

Su vértigo sin ceder;

Más cada vez se atropella,

Más cada vez se arrebata,

Y en círculos se desata

Violentos más cada vez;

1610

Y escapa en rueda quimérica;

Y negro punto parece

Que en torno se desvanece

A la fantástica luz,

Y sus lúgubres aullidos

1615

Que pavorosos se extienden

Los aires rápidos hienden

Más prolongados aún.

Y a tan continuo vértigo,

A tan funesto encanto,

1620

A tan horrible canto,

A tan tremenda lid,

Entre los brazos lúbricos

Que aprémianle sujeto

Del hórrido esqueleto,

1625

Entre caricias mil,

Jamás vencido el ánimo,

Su cuerpo ya rendido

Sintió desfallecido

Faltarle Montemar;

1630

Y a par que más su espíritu

Desmiente su miseria,

La flaca, vil materia

Comienza a desmayar.

Y siente un confuso,

1635

Loco devaneo,

Languidez, mareo

Y angustioso afán;

Y sombras y luces,

La estancia que gira,

1640

Y espíritus mira

Que vienen y van.

Y luego a lo lejos,

Flébil en su oído,

Eco dolorido

1645

Lánguido sonó,

Cual la melodía

Que el aura amorosa

Y el agua armoniosa

De noche formó;

1650

Y siente luego

Su pecho ahogado

Y desmayado,

Turbios sus ojos,

Sus graves párpados,

Flojos caer;
La frente inclina
Sobre su pecho,
Y, a su despecho,
Siente sus brazos
1660
Lánguidos, débiles
Desfallecer.
Y vió luego
Una llama
Que se inflama
1665
Y murió;
Y perdido
Oyó el eco
De un gemido
Que espiró.
1670
Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
1675
Concento
Del viento

La voz,
Leve,
Breve
1680
Són.
En tanto en nubes de carmín y grana
Su luz el alba arrebolada envía,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente día:
1685
Serenos el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, trasparente y fría,
Vierte a la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.
Y huyó la noche y con la noche huían
1690
Sus sombras y quiméricas mujeres,
Y a su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres;
Y a su trabajo y a su afán volvían
Los hombres y a sus frívolos placeres,
1695
Algunos hoy volviendo a su faena.
De zozobra y temor el alma llena;
¡Que era pública voz, que llanto arranca

Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca

1700

Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo a Salamanca
Había, en fin, por Montemar venido!...
Y si, lector, dijeres ser comento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa, a toda vela,
No corta el mar sino vuela
Un velero bergantín:

5

Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Ternido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,

10

En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;